

1



Cristiano Ronaldo dos Santos Aveiro se echó agua a la cara. Se miró en el espejo e hizo una mueca. Respiró hondo. Ése era su gran día.

Fuera, en el paseo de la Castellana de Madrid, un denso tráfico palpitaba frente al estadio Santiago Bernabéu. Era el 6 de julio de 2009, y los seguidores esperaban desde hacía horas a fin de hacerse con una localidad para el acontecimiento del día. Los 82.000 asientos del estadio se llenaron rápidamente. Aquellos que no consiguieron entrar vieron la celebración en las grandes pantallas instaladas fuera del estadio.

La gente vestía las camisetas blancas del Real Madrid. Uno de los mejores jugadores del mundo llegaba por fin al club.

El famoso emblema del Real Madrid decoraba la pechera de su camiseta, colgada aún en la taquilla; a la espalda llevaba su nombre, Cristiano Ronaldo, y el número 9. ¿Cuánto hacía que soñaba con ese momento? Ése era su sueño desde que tenía memoria: militar en las filas del Real Madrid. De niño decía que quería jugar en el equipo merengue y todo el mundo contestaba: «¿Y quién no?»

Miró alrededor. El Bernabéu. Por fin estaba allí. Con una sonrisa permanente en el rostro, Cristiano cerró los

ojos y volvió a respirar hondo. Pronunciarían su nombre por el sistema de megafonía y él cruzaría el campo al trote hasta el estrado. Eso era lo único que debía hacer: subir por la escalera, decir lo que tenía que decir, estrechar unas cuantas manos y posar para las fotos. Estaba acostumbrado a las cámaras, pero esto era distinto. Esto era el sueño de toda una vida hecho realidad.

Temía que lo traicionaran los nervios. Se volvió hacia su nueva taquilla. Dentro había varios crucifijos. Tenía una amplia colección, pero éstos en concreto eran sus preferidos. Ya casi había llegado la hora de salir.

Para acceder al campo desde el vestuario, había que bajar por una escalera, recorrer un corto pasillo y subir por otra escalera, ésta metálica, de color azul. En cuanto accedió al pasillo, oyó al público. Ya en la escalera azul, el clamor era ensordecedor. Ésa era su presentación, y la directiva del Real Madrid quería que fuera espectacular. Desde el pie de la escalera, daba la impresión de que todo Madrid estaba allí.

Se quedó en la penumbra y respiró hondo por última vez. Acto seguido, subió por los escalones como si fueran los peldaños de una escalera de mano. El corazón se le aceleró al advertir la presencia en el estrado del más grande jugador de fútbol que Madrid había visto jamás, Alfredo Di Stéfano. ¡La Saeta Rubia! Y lo acompañaba uno de los mejores futbolistas de todos los tiempos: la Perla Negra en persona, Eusébio, una leyenda en Portugal, a quien muchos comparaban con Pelé. Allí estaban sus héroes, esperándolo. Aquello parecía irreal.

Él sólo era un niño pobre que había aprendido todo lo que sabía sobre el bello deporte del fútbol en las calles de Madeira. ¿Cómo había llegado hasta ahí? ¿Cómo había llegado a lo más alto en el mundo del fútbol? Cerró los ojos y vio una vez más la isla de su infancia: las calles mal asfaltadas, las chabolas con remiendos y los campos de fútbol. Revivió su infancia. Su primer recuerdo se remontaba a una iglesia. Y él iba vestido de azul y blanco.

2



El padre António Rodríguez Rebola echó una mirada a su lista de bautizos de ese día. Ya estaban tachados todos los nombres menos uno. Había sido una tarde ajetreada en la iglesia de Santo António, situada en lo alto de la cuesta, y el hijo de los Aveiro, Cristiano Ronaldo, era el último de la lista. El sacerdote quería marcharse a casa. Miró a la madre, Maria Dolores Aveiro, a sus hijos y a su hermana, sentados todos en el banco de madera cercano a la pila bautismal de mármol macizo labrado. Ésta representaba un ángel que sostenía una concha abierta llena de agua bendita. La hermana de Dolores mojó dos dedos en la pila y, juguetonamente, salpicó a Dolores en la cara. Las dos se rieron. El bebé, Cristiano Ronaldo, dormía profundamente.

El padre Rebola se recogió un poco la manga y consultó su reloj. El bautizo estaba previsto para las seis de la tarde. Pasaban ya dos minutos de las seis, y José Dinis, el padre, aún no se había presentado. Tampoco veía allí al padrino, Fernão de Sousa. Dolores sintió que el padre la taladraba con la mirada. Ella sabía dónde andaban su marido y el padrino y sabía asimismo que no podía hacerse nada al respecto.

No lejos de la iglesia, en el campo del Andorinha, estaba a punto de acabar un partido entre el Andorinha y el Ribeiras Brava. El capitán del equipo, José Fernão Barros de Sousa, el padrino de Cristiano, continuaba en el terreno de juego. José Dinis, el padre del niño, era el utillero del equipo. Sentado en el banquillo, miraba su reloj: llegaban ya tarde al bautizo de su hijo, pero ¿qué podía hacer él? El encuentro había empezado con media hora de retraso. Confiaba en que el árbitro no añadiera tiempo de descuento y rezó a Dios para que el sacerdote esperara.

El padre Rebola se acercó a Dolores. Por su expresión, ella adivinó que estaba nervioso y le sonrió para tranquilizarlo.

—Espero que tu marido y el padrino vengan ya de camino.

—Llegarán de un momento a otro —contestó ella con la esperanza de que el sacerdote no le preguntara por el motivo del retraso. En la isla de Madeira no todo el mundo vivía tan obsesionado con el fútbol como su familia.

La hermana de Dolores contempló a su sobrino de un año, dormido como un tronco.

—Cristiano es un niño paciente —comentó.

El sacerdote oyó hablar a las mujeres y miró al bebé.

—¿Lo llamáis Cristiano? —preguntó.

—Su nombre completo es Cristiano Ronaldo —respondió Dolores con orgullo—. Ronaldo, por Ronald Reagan.

—¿El presidente de Estados Unidos? —preguntó el sacerdote.

—Sí, pero antes de ser presidente fue un gran actor —respondió Dolores—. Y nos gusta mucho.

El sacerdote se rascó la cabeza. Él ya sabía que el presidente de Estados Unidos había sido una estrella de cine antes de dedicarse a la política.

Dolores sonrió.

—Nos encantan sus películas, nos lo pasamos en grande viéndolas.

El sacerdote sonrió.

—Cristiano Ronaldo —dijo, pensativo—. ¿Futuro presidente? ¿O tal vez una estrella de cine?

Las mujeres se echaron a reír.

A las seis y media en punto, el coche de Fernão frenó con un chirrido en el pequeño aparcamiento de tierra de la iglesia de Santo António. José Dinis y Fernão se apearon y corrieron hacia la entrada del templo, ajustándose el nudo de la corbata, arreglándose la chaqueta y remetiéndose la camisa blanca por encima de la camiseta blanquiazul del Andorinha. Los dos se detuvieron en el umbral de la puerta en señal de respeto. José Dinis se alisó el pelo, cogió del brazo a Fernão y lo guió al interior de la iglesia.

El bautizo de Cristiano Ronaldo dos Santos transcurrió ya sin tropiezo alguno. El padre Rebola sintió un gran alivio. Cristiano no dijo ni pío. Concluida la ceremonia, llegó el momento de la fotografía. Aunque el padre Rebola estaba convencido de que los señores

Aveiro pondrían al bebé un traje de bautizo para ese trascendental momento, no se sorprendió en absoluto cuando José Dinis insistió en que fotografiaran a su hijo vestido con los colores del Clube de Futebol Andorinha de Santo António.

Dolores sostuvo erguido a Cristiano. Se apresuró a calzarle unas botitas blancas, y su hermana y ella lo engalanaron con brazaletes de oro en las muñecas, un anillo de oro en un dedo y un crucifijo colgado al cuello.

El fotógrafo de la iglesia estaba listo para tomar la foto.

—¿Preparados? —preguntó—. ¡A la una, a las dos y a las tres!

Cristiano Ronaldo volvió la cabeza hacia la cámara con sus ojos oscuros muy abiertos y fijó la mirada en la lente como si lo hubiera hecho un millar de veces. Como si supiera qué debía hacer.

El fotógrafo disparó, y todos aplaudieron.

3



La casa de la familia Aveiro era tan pequeña que José Dinis había instalado la lavadora en la azotea. Siempre decía que el suyo era el lavadero con las mejores vistas de toda Madeira. Cristiano, a sus cinco años, vivía allí con su madre, Dolores; su padre, José Dinis; sus dos hermanas, Elma y Katia; y su hermano, Hugo. Todos residían en Santo António, una parroquia en las colinas cercanas a Funchal, la capital de Madeira. Sus padres ocupaban uno de los dos dormitorios, y los cuatro hijos compartían el otro. La ventana de la tercera habitación era prácticamente la única fuente de iluminación en aquella reducida vivienda de tres espacios, aparte de la luz que penetraba por los diez o doce agujeros del techo. No tenían dinero para reparar el tejado. Esa tercera habitación era donde se reunía la familia. Disponían también de un cuarto de baño, no más grande que un armario.

Cristiano, sentado en el porche, vio pasar a unos niños por delante de su casa cuesta arriba hacia la calle Lombinho. Sabía que iban a jugar al fútbol porque uno llevaba un balón bajo el brazo y todos lucían las camisetas de sus equipos predilectos. La Rua Quinta Falcão, la «calle de los Cinco Halcones», era empinada. Los niños que jugaban frente a las casas siempre

acababan persiguiendo el balón monte abajo. Tenían que aprender a reaccionar deprisa o no lo recuperaban hasta recorrida media cuesta. Por eso los chicos mayores preferían jugar en lo alto del monte, en el Caminho do Lombinho, poco más allá del campo de fútbol del Marítimo, donde el terreno era llano.

El Marítimo era un equipo de la Primeira Liga, uno de los dos mejores equipos de la isla. Era el preferido de José Dinis. El otro club en Primeira Liga de Madeira era el Nacional, el favorito de su madre. Ella también era seguidora del Sporting de Lisboa, uno de los mejores clubes de Portugal. En la casa de la familia Aveiro reinaba siempre cierta tensión cuando se disputaba un encuentro entre los dos clubes locales, lo que se conocía como el Derbi de Madeira. A sus cinco años, Cristiano ya había asistido a muchos partidos con su padre. Para él, el fútbol lo era todo.

Cristiano percibió el olor a guiso procedente de la cocina y su estómago reaccionó. Los niños saludaron con la mano al pasar. El que llevaba la pelota la dejó caer a sus pies y la levantó fácilmente para cogerla de nuevo con las manos. Luego repitió el movimiento.

Cristiano se levantó de un salto.

—¡Quiero jugar! —exclamó, y corrió a la calle.

Los otros niños se echaron a reír. Adelino, el chico de la pelota, lo apartó de un empujón.

—¡Aún eres pequeño! —dijo.

—¡Has de cumplir por lo menos los seis! —gritó otro niño, y los demás se rieron de nuevo. Siguieron subiendo

rápidamente por la cuesta y al final sus risas se desvanecieron.

Cristiano regresó al porche, desilusionado, y dio una patada a la pared.

—¡No soy pequeño! ¡Casi tengo los seis! —protestó, y pateó de nuevo la pared.

Se detuvo a pensar en eso por un momento. Luego se sentó, se quitó las zapatillas y los calcetines, y formó una bola con éstos. Se puso en pie, dejó caer la bola de calcetines y la controló suavemente con el empeine; acto seguido, la levantó y la atrapó con las yemas de los dedos. Igual que los niños mayores. Lo repitió y repitió. Lo hizo hasta que le salió perfectamente una y otra vez, incluso con los ojos cerrados.

Oyó un silbido a sus espaldas. Se dio media vuelta. Su padre subía por la calle desde el campo del Andorinha. José Dinis lo saludó con la mano, dejó en el suelo la bolsa de utillero y abrió totalmente los brazos como un águila gigante.

—¡Papá! —gritó Cristiano, y corrió cuesta abajo para recibirlo. Cuando se encontraron, se dejó envolver por sus brazos. Para él, no había sensación mejor que sentirse entre los brazos de su padre. José Dinis estrechó a su hijo menor contra el pecho; luego le miró los pies descalzos.

—¿Dónde están las zapatillas?

—En el porche —contestó Cristiano, señalando cuesta arriba hacia la casa.

—¿Jugando otra vez a la pelota con los calcetines?
—preguntó José Dinis, sonriente.

Cristiano se apretó aún más contra su padre.

—Perdí el balón que me regalaste —dijo—. Le pegué demasiado fuerte y se me escapó calle abajo.

—¡Pues tenías que perseguirlo! —exclamó su padre sin dejar de sonreír.

—¡Eso hice! —afirmó Cristiano—. Pero desapareció entre unos arbustos. Creo que se cayó al mar por el acantilado.

José Dinis se echó a reír y soltó a su hijo. A continuación desató el cordón de la bolsa de utillero, metió la mano y sacó un balón gastado.

—Para ti —anunció solemnemente a la par que se lo entregaba—. A ver si esta vez no lo pierdes.

El niño se quedó inmóvil y abrió mucho los ojos.

—Me has traído un balón nuevo —susurró con actitud reverente.

—Sí, como nuevo, Cristiano —dijo su padre.

El pequeño dio vueltas al balón entre las manos, contemplando cada milímetro.

—¿De verdad es para mí?

—No, lo he traído para el hijo del vecino —contestó José Dinis.

—¡¿Cómo?! —exclamó Cristiano, y se echó a llorar. Su padre se sintió fatal.

—¡Para ya, Cristiano! ¡No llores! ¡Venga! —dijo, abrazando otra vez a su hijo—. ¡Era broma!

Cristiano lo miró con ojos llorosos. Soltó una risita entre sollozos y, hundiendo la cara en la camiseta sudorosa de su padre, se limpió en ella la nariz.

—¡Eeeeh! —protestó José Dinis cuando vio lo que acababa de hacer su hijo.

Cristiano se rió y corrió cuesta arriba hacia su casa al mismo tiempo que Dolores salía al porche.

—¡Mamá, mira! —dijo Ronaldo a voz en grito, y le enseñó el balón que su padre le había regalado. Ella hizo ademán de cogérselo, y él lo apartó—. ¡Es mío! ¡Búscate tú uno!

Dolores se rió.

—Bueno, antes vayamos a comer. La cena se enfría en la mesa —anunció Dolores, y obligó a su hijo a entrar en la casa.

Cristiano dejó el tenedor.

—Estoy lleno.

Todos miraron su plato, todavía repleto. Dolores había preparado una comida tradicional portuguesa a base de bacalao salado, patatas y huevos revueltos entre otras cosas. Pero esa semana no tenían dinero para bacalao, así que era el mismo plato pero sin pescado, y Cristiano, pese a tener sólo cinco años, se daba ya cuenta si le endosaban un revoltijo de patatas.

José Dinis ocupaba un extremo de la mesa y Dolores el otro. Los cuatro niños estaban sentados alrededor, dos a cada lado. Cristiano se hallaba junto a su padre.

—¿Que has acabado? —preguntó Dolores con cara de póquer, y lanzó una breve mirada a su marido.

Cristiano asintió con entusiasmo. Mantenía inmóvil el balón nuevo con el pie derecho bajo la mesa.

—Si quieres jugar —dijo José Dinis mientras masticaba su comida—, necesitas energía. La energía no sale del aire, ya lo sabes. Sale de comerse las patatas.

—Toma dos bocados de patatas y dos bocados de huevo y bécete la leche —ordenó Dolores.

El niño, obediente, se llevó a la boca los huevos y las patatas, y luego más huevos y más patatas. Sabía contar y sabía qué significaba «dos», y enseguida hinchó las mejillas como un hámster. Tenía la boca tan llena que apenas podía masticar.

Katia intentó contener la risa, pero la mirada se le iba una y otra vez hacia su hermano menor, y entonces se reía. Y cuando empezaba a reír, contagiaba la risa a Elma y Hugo. Dolores miró en otra dirección, y José Dinis se limitó a sonreír, pensando: «Con este niño uno nunca se aburre».

—De acuerdo. Vete a jugar —dijo.

En el momento en que su padre pronunció la palabra «vete», Cristiano había salido ya por la puerta, balón en mano.

—¡Y éste no lo pierdas! —advirtió José Dinis a la vez que corría detrás de su hijo.

Cuando llegó a la calle, Cristiano, ya a media manzana cuesta arriba, pateaba el balón primero con el pie derecho, luego con el izquierdo. Corría más que ningún otro niño de cinco años y llevaba grabados en la cabeza todos los movimientos. Aunque no tenían dinero

para un televisor, siempre los invitaba a ver los partidos de fútbol algún vecino. Después de un encuentro, Cristiano no necesitaba más de un día para dominar los movimientos que había visto por la tele.

Cuando desapareció por una curva de la calle, José Dinis lo siguió. Lo alcanzó finalmente cuando doblaba por la calle Lombinho, donde los niños mayores del barrio se habían distribuido ya en equipos. Se quedó rezagado para que su hijo no lo viera.

Los mayores habían marcado las porterías con cubos de basura. Se disponían a empezar a jugar. En lugar de quedarse mirando, Cristiano echó el balón al suelo y, chutando, lo lanzó por encima de las cabezas de los niños. El balón rebotó con fuerza en un cubo de basura, derribándolo, y a continuación rodó hasta entrar en la portería improvisada. Cristiano levantó los dos brazos y echó a correr por la calle, rebotante de alegría.

Los niños mayores lo miraron y se echaron a reír. Lo mismo hizo José Dinis desde su puesto de observación. Cristiano fue derecho hasta la portería y recogió su balón. Luego pasó ante los demás chicos, y cuando llegó a Adelino, el que se había burlado de él, le sonrió con expresión triunfal. Después regresó cuesta abajo hacia su casa. José Dinis se acercó a él, y el niño sonrió a su padre.

—Gracias por la pelota, papá —dijo.

Cristiano era ya alto para su edad, y José Dinis rodeó los hombros de su hijo con el brazo y le dio un apretón.

—Buen disparo —comentó como si tal cosa, fingiendo no estar impresionado.

—Gracias —respondió Cristiano con cara de póquer.

Siguieron caminando en silencio durante un rato.

Pero al final José Dinis no pudo aguantar más.

—¿A quién quiero engañar? —dijo—. ¡Ha sido un chutazo extraordinario!

Estrechó aún más a su hijo.